

Emocionado encuentro desde mi ventana.

Son las 1:40 de la madrugada. La ventana del cuarto abierta; sobre la repisa, entre cráneos, plumas y algún fósil, un pequeño soporte de madera que sustenta un termómetro de mercurio que sentencia 29º.

A mis oídos ha llegado un reclamo áspero, pausado y repetido varias veces que rompe el silencio de la noche urbana, consecuencia de ser víspera de otro día laboral. Me ha emocionado este encuentro sensitivo con un cuervo de la noche, un Martinete (*Nycticorax nycticorax*), máxime por hallarme en la tranquilidad del propio hogar, mientras mis dos niñas, la madre y la hija, duermen en el cuarto contiguo y yo os escribo a través de esta máquina.

Estos encuentros son alientos acrecentadores de nuestra pasión por lo vivo, de lo que teóricamente no depende de nosotros, de lo salvaje; sí, sí salvaje, pues salvaje es ese Martinete, que sobrevuela a estas horas la ciudad de Málaga, envidiable a nuestros ojos, a nuestras mentes, que hoy yacen empobrecidas y domesticadas desde hace siglos. Mentes que tratamos de enriquecer en cada escapada al campo, intentando retornar o recuperar la pieza del puzzle de nuestro nicho perdido, puzzle de millones de piezas. Y aunque parezca increíble, por el hueco sin cubrir de esta pieza del ser humado se escapa el aliento de cientos y miles de especies: unas ya pasaron y no volverán, otras están en la puerta; la nuestra vaga en el aire, sustentada por el frágil hilo de una tela de araña.

Entra por la ventana el lastimero reclamo de una Patiamarilla (*Larus michahellis*).

Voy a apagar esta máquina y a echarme en la cama. Soñar dicen que es gratis, pues ya supondréis qué me gustaría soñar.

12 de julio de 2006

Antonio Tamayo